HISTORIA DE LA ECONOMÍA ARGENTINA DEL SIGLO XX

Página/12



28

INFLACIÓN, AJUSTE Y CRISIS A COMIENZOS DE LOS ’60



Automotriz IKA. La industria nacional padeció la sucesión de planes de ajuste desde 1958 hasta 1963.

Staff

Director de la colección: Alfredo Zaiat

Director académico: Mario Rapoport
Coordinador: Ricardo Vicente
Colaboradores:
Andrés Musacchio
Eduardo Madrid
Hernán Braude
Agustín Crivelli
Martín Fiszbein
Pablo López
María Cecilia Míguez
Florencia Médici
Leandro Morgenfeld
Asistente de dirección: Natalia Aruguete

Director general: Hugo Soriani
Rumbo de diseño: Alejandro Ros
Diagramación: Juan Carlos Aguirre
Asistente de fotografía: Omar Chejolán
Coordinación general: Víctor Vigo

E-mail: *historiaeconomica@pagina12.com.ar*

Historia de la economía argentina del siglo XX
Mario Daniel Rapoport
1a ed. - Buenos Aires: La Página, 2007.
16 p.; 28x20 cm.
ISBN 978-987-503-451-8
1. Investigación Periodística.
CDD 070.43
Fecha de catalogación: 03/08/2007



Jorge Wehbe, primer ministro de Economía de Guido, duró once días en el cargo. Pinedo, Alsogaray, Méndez Delfino y Martínez de Hoz fueron los siguientes ministros de ese gobierno.

1 La calesita de ministros *de Economía*

La caída del gobierno de Arturo Frondizi el 29 de marzo de 1962 dio paso a uno de los episodios más tragicómicos de la historia económica y política de la Argentina. El propio reemplazo del presidente fue una muestra patente de ese momento: luego de la asonada que depuso a Frondizi, su cabecilla, el general Raúl Poggi, no logró el consenso entre sus camaradas y no pudo asumir el poder. Ese golpe frustrado se debió a que una parte de las Fuerzas Armadas apostaba a una democracia "controlada", sin la participación de los peronistas ni de sus aliados, que debía comenzar con cierto marco de continuidad institucional. De ese modo, el vicepresidente José María Guido juró ante la Corte Suprema de Justicia como nuevo titular del Poder Ejecutivo, con lo cual se garantizaba de alguna manera un sostenimiento de la institucionalidad presidencial, aunque con limitaciones. Entre ellas, la disolución del Congreso. En esas condiciones, Guido completó el período formal del mandato de Frondizi.

Ese accidentado comienzo fue el preludio de una fuerte inestabilidad política, militar y económica que marcó los dos años siguientes. Los distintos planos de esa crisis se influenciaban mutuamente y tendían a agravarse unos a otros. En ese panorama complejo sobresalió la profunda crisis militar. Las Fuerzas Armadas se habían dividido: un grupo denominado "azul", que aparecía en esta disputa como la fracción moderada; y el sector "colorado", partidario del mantenimiento de un gobierno de facto por tiempo prolongado y profundamente antiperonista. La puja entre ambos bandos culminó en septiembre de 1962 con un enfrentamiento armado. Luego de cuatro días de combate se impuso el sector "azul", abriendo paso al futuro llamado a elecciones.

En el plano político y social, la estrategia de los grupos más antiperonistas y antifrondicistas, predominantes en el gobierno, se topaba con una fuerte resistencia por parte del peronismo, en particular de su rama sindical. Mientras tanto, algunos dirigentes como Frondizi, Marcos Merchensky o Arnaldo Musich fueron encarcelados y otros debían exiliarse, como Rogelio Frigerio, que se radicó en Montevideo. La oposición no logró conciliar una táctica de unidad. Mientras ciertas corrientes de la UCRI y el peronismo comenzaban a delinear estrategias electorales comunes, otras fracciones jugaban en contra e impidieron la búsqueda de un acuerdo frentista.

El gobierno, por su parte, fue preparando la estructura legal de las futuras elecciones con la sanción de un estatuto de los partidos políticos, impulsado por el ministro del Interior, el radical del pueblo Carlos Adrogué. En esa norma se proscribió al peronismo y a los partidos de izquierda y se limitó la participación de dirigentes de otras agrupaciones, como la UCRI. Esto tensaba las relaciones entre el gobierno de facto y la oposición, pero también entre sectores internos de la UCRI, ya que algunos dirigentes pujaban por presentar candidatos "potables", mientras otros alentaban el boicot electoral.

Los conflictos militares y políticos se superpusieron con una profunda crisis económica. En el tramo final del gobierno de Frondizi la incertidumbre que provocaba el golpe en ciernes había adormecido la corriente de inversiones externas, lo que presionaba sobre el tipo de cambio. El Banco Central intentó defender la paridad cambiaria a la espera de que las inversiones volvieran a activarse y la sustitución de importaciones impactara sobre las compras externas. El costo de esa política fue una paulatina reducción de las reservas.

> Federico Pinedo, en sus veinticinco días de gestión, alcanzó a provocar un vuelco absoluto en la política económica y disparar una crisis que duraría prácticamente dos años.

Guido nombró primero como ministro de Economía a Jorge Wehbe, quien a los once días de gestión fue reemplazado por Federico Pinedo, en la que sería su última y fugaz aparición ministerial. Sus veinticinco días de gestión alcanzaron para provocar un vuelco absoluto en la política económica y disparar una crisis que duraría prácticamente dos años. Ante la presunción de que los desequilibrios externos eran estructurales y, por lo tanto, no podían ser resueltos por operaciones en el mercado abierto del Banco Central, Pinedo dispuso lo que técnicamente se denomina cambiar una política de tipo de cambio fijo con flotación sucia por otra de libre flotación. Esto significaba que el Banco Central dejaba de intervenir en el mercado cambiario. El resultado no se hizo esperar: entre abril y mayo, el dólar pasó de 83 a 115 pesos, desatando una espiral de inflación y desvalorización del peso que llevó al dólar hasta los 154 pesos, para retroceder luego hasta los 132,50 pesos.

La crisis arrastró al viejo y experimentado economista liberal, quien fue reemplazado por Alvaro Alsogaray. En casi ocho meses que duró su gestión, Alsogaray aplicó el repertorio completo de recetas ortodoxas sin lograr solucionar los problemas económicos. Sólo exacerbó los ánimos de diversos sectores sociales. Por eso, antes de fin de año fue reemplazado por otro economista ortodoxo, Eustaquio Méndez Delfino, hasta entonces presidente del Banco Central, quien, a su vez, cinco meses después le cedió su sillón a José Alfredo Martínez de Hoz. Este último logró conservarse en el puesto hasta el final del mandato de Guido, en octubre de 1963. La calesita de ministros fue el síntoma más elocuente de la profundidad de la crisis.



Eustaquio Méndez Delfino fue uno de los varios ministros de Economía de Guido, en un proceso de inestabilidad que reflejaba la profundidad de la crisis.



El presidente José María Guido, junto a Ricardo Balbín y Arturo Illia, ya al final de su mandato, preparando su sucesión.

2 La receta ortodoxa *y su fracaso*

En los albores de la crisis de 1962, como en otras situaciones anteriores, los desequilibrios en la balanza de pagos complicaron el manejo de la coyuntura macroeconómica. El programa de Frondizi entre 1958 y 1962 suponía un fuerte impulso a las importaciones de bienes de capital e insumos intermedios. Según el líder desarrollista, el egreso de esas divisas para esas compras externas sería reequilibrado en el largo plazo por un aumento de las exportaciones y una reducción de las necesidades de adquisición de bienes importados. Mientras tanto, las inversiones extranjeras y los créditos, tanto comerciales como financieros, debían contribuir a cerrar la brecha externa. Por lo tanto, el plan de desarrollo implicaba una primera etapa de endeudamiento público y privado. De hecho, ante esas condiciones, muchas empresas privadas se endeudaron para ampliar sus programas de inversión. Con la interrupción del flujo de inversiones en el segundo semestre de 1961, comenzaron las tensiones sobre la cotización del dólar.

El camino del ajuste propuesto por Pinedo para resolver ese problema fue la liberación del mercado cambiario, que bajo esas circunstancias significaba una devaluación. Se puso en marcha así los clásicos mecanismos del modelo *stop and go*, pues la desvalorización del peso tuvo efectos recesivos que redujeron la demanda de productos importados. El alto nivel de endeudamiento de algunas empresas y el alza en el costo de los insumos contribuyeron a que, además de la recesión, hubiera una ola de quiebras.

Por otra parte, la devaluación impulsó un ajuste de los precios internos, de manera que también fue predecible un importante salto inflacionario, que efectivamente ocurrió. Lo curioso es que el liberalismo argentino suele plantear –y en aquel momento esta idea era aún más dominante– que, en el fondo, todo proceso inflacionario tiene sus causas últimas en tres fenómenos específicos. En primer lugar, en un descontrolado aumento de salarios que expande la demanda hasta límites intolerables; en segundo término, en una política monetaria demasiado laxa y, finalmente, en un descontrol del gasto público financiado con emisión de moneda. Con esa concepción como trasfondo se concibieron las políticas económicas trazadas por los economistas de Guido que, consistentemente, apuntaron a poner en caja los ingresos de los trabajadores, practicar un fuerte ajuste en las cuentas públicas y purgar la economía de un supuesto exceso de moneda circulante.

El impulso a la inflación dado por la devaluación resolvió el primer problema, al deteriorarse así los salarios reales. Pero a la vez la inflación es, a la vista del liberalismo, el principal mal que puede sufrir una economía, incluso peor que una recesión, la desocupación o la miseria. Por lo tanto, y aun cuando la recesión comenzaba a corroer las bases productivas, las políticas posteriores a Pinedo ajustaron sus objetivos

a combatir la inflación, con el diagnóstico y los consecuentes métodos antes mencionados. Es decir, aunque la inflación hubiese sido disparada por el aumento del precio del dólar, lo que se impusieron fueron políticas monetarias y fiscales contractivas.

Pese a esa marcada inestabilidad macroeconómica, se negoció un nuevo acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, con un aporte de 100 millones de dólares. Ese préstamo estuvo condicionado a cumplir ciertos compromisos por parte de las autoridades locales, empezando por una mayor apertura de la economía luego de los elevados aranceles proteccionistas que había establecido Frondizi.

Uno de los capítulos principales de la política antiinflacionaria estuvo compuesto por un fuerte ajuste de las tarifas públicas y de los impuestos al consumo, mientras se trató de racionalizar los gastos. De esta forma, afirmaban en el gobierno, se iría cerrando la brecha fiscal. Sin embargo, el objetivo se transformó rápidamente en una quimera, pues en esas condiciones el camino del ajuste puso en marcha dos efectos que, aunque no atendidos por los diferentes ministros, son bien conocidos entre los economistas. Uno de ellos es el que relaciona la recesión con un deterioro de las cuentas fiscales. La recaudación de impuestos tiene una vinculación muy estrecha con el nivel de actividad. Entonces, cuando la producción y el consumo crecen, aumentan las transacciones de compraventa, se incrementan las ganancias, se expanden las operaciones de comercio exterior y todo esto lleva a que también se eleve la recaudación. Por el contrario, cuando la economía entra en recesión, los ingresos por el cobro de impuestos disminuyen deteriorando las cuentas públicas.



Federico Pinedo dispuso la liberación del mercado cambiario, medida que agudizó el ajuste.

Frente a esta situación, la conducta del Estado era por entonces uno de los aspectos más discutidos de la teoría económica. Los economistas liberales argumentaban que en los momentos de crisis un rápido retorno al orden de las cuentas fiscales, con una política de recortes del gasto público, estimularía la actividad privada, volviendo rápidamente al equilibrio con bases sanas. Los keynesianos, en cambio, afirmaban que las políticas de ajuste profundizaban la recesión. Por eso, el Estado debía romper el círculo vicioso de la crisis sosteniendo el gasto, incluso a costa de un déficit o de endeudamiento. Fieles a su perfil ideológico, los diferentes ministros de Economía de Guido acordaban con la primera posición y operaron en consecuencia, aumentando las tarifas públicas y congelando o posponiendo gastos.

A ese cuadro general se le sumaba otra cuestión, conocida en la literatura económica como el "efecto Olivera-Tanzi", cuya explicación fue brindada separadamente por el economista argentino Julio Olivera y el tributarista italiano Vito Tanzi, este último por largos años funcionario del FMI y encargado de monitorear las cuentas argentinas en la década del '80. En ese análisis, lo que se pone en foco es la relación de la tasa de inflación con los desequilibrios fiscales. Entre el momento en que los contribuyentes pagan sus impuestos y el que el Estado gasta ese dinero transcurre un largo período, que puede llegar hasta los seis meses. Entonces, cuanto mayor es la tasa de inflación, menor es el poder de compra de la recaudación. Por lo tanto, en los períodos de alta inflación el equilibrio de las cuentas públicas se deteriora, mientras que con una inflación en descenso la brecha fiscal tiende a cerrarse.

Precisamente en 1962 y 1963, esos dos problemas –el deterioro fiscal por la recesión y el proceso inflacionario– se observaron con bastante claridad. La inflación disparada por la devaluación impactó negativamente sobre las cuentas públicas. El intento por cerrar el bache fiscal por medio de mayores impuestos, incrementos de los precios en los servicios públicos y contención en los gastos profundizó la recesión, agravando las tensiones iniciales. Así, el déficit fiscal que tanto alarmaba a los liberales en la última etapa de Frondizi y que había alcanzado el 3,96 por ciento del PBI, trepó al 6,79 por ciento en 1962 a pesar de las políticas contractivas. Los esfuerzos en la contención del gasto fueron evidentes, pues aunque la tasa de inflación llegó al 30 por ciento en 1962, los gastos sólo aumentaron un 20 por ciento. Pero lo más notorio resultó el derrumbe de los ingresos, que bajaron de 104 millones de pesos a menos de 98, con una producción retrocediendo un 1,6 por ciento.



Los polémicos Bonos 9 de Julio fueron emitidos bajo la gestión del ministro de Economía Alvaro Alsogaray.



Los Bonos 9 de Julio

POR ANDRÉS MUSACCHIO

Uno de los acontecimientos económicos más recordados del gobierno de José María Guido fue la emisión del "Empréstito de Recuperación Nacional 9 de Julio", bonos de deuda pública, emitidos bajo la gestión del ministro de Economía Alvaro Alsogaray, utilizados para pagar compulsivamente, en 1962, los salarios de los trabajadores del sector público nacional y a pequeños y medianos proveedores del Estado. Los Bonos 9 de Julio habían sido autorizados por el decreto-ley 6580/62, constaban de varias series (blanca y azul), las láminas eran de varios precios diferentes, su valor estaba garantizado en oro y, como títulos públicos, devengaban una tasa de interés. Como no revestían la calidad de moneda, no eran de circulación forzosa ni registrados como parte de la expansión monetaria. De esa manera podían ser considerados un artilugio para argumentar que no se emitía y, por lo tanto, que se disminuía la presión sobre la inflación, atribuida precisamente a la supuesta emisión monetaria excesiva.

Ahora bien, por no ser moneda ni tener circulación forzosa, aunque financieramente pudiesen constituir una inversión rentable a largo plazo, a los trabajadores sin capacidad de ahorro no les quedaba más opción que venderlos en cuanto los recibían. Esto creó rápidamente un mercado secundario donde los bonos llegaron a cotizar al 40 por ciento de su valor nominal. Esto significaba, entonces, que a partir de esa medida de Alsogaray para maquillar las cuentas fiscales, los trabajadores estatales y los proveedores del Estado que recibieron los bonos en forma compulsiva perdían el 60 por ciento de sus salarios o de los ingresos de su venta. En la perspectiva del ministro, ese quebranto podía ser considerado un hecho positivo, pues reducía la demanda interna, factor que también era considerado inflacionario.

Para quienes podían ahorrar, en cambio, el negocio resultaba brillante debido a que tenían la posibilidad de comprar los bonos al 40 por ciento de su valor, retenerlos hasta su vencimiento y obtener el 100 por ciento más el interés devengado. O simplemente mantenerlos un tiempo esperando que la cotización subiera un poco y venderlos entonces en el mismo mercado secundario. Por otra parte, el precio de los papeles estaba fijado en función del valor del oro y no se veían afectados por las devaluaciones del peso ni por la inflación interna. Por aquella época, además, regía aún el "patrón dólar": el dólar era convertible en oro a una tasa fija. Entonces, determinar el precio en oro era lo mismo que hacerlo en dólares. Estas condiciones brindaban la posibilidad de atractivos negocios de especulación y usura con ganancias extraordinarias en dólares, anticipando las bicicletas financieras que serían características a partir de 1976.

Los Bonos 9 de Julio fueron una especie de moneda falsa con la que se pretendió burlar el corset que creaba la propia política económica. Como curiosidad, hoy, esos títulos son una codiciada prenda de coleccionistas, que los compran y venden como rarezas.

GA
LE
RIA

Alvaro Alsogaray

Referente del monetarismo argentino

Alvaro Alsogaray nació en 1913 y fue, probablemente junto al líder de la fracción "azul" de las Fuerzas Armadas, Juan Carlos Onganía, uno de los personajes clave del gobierno de José María Guido. Sin embargo, su trayectoria e influencia se extendieron por un período mucho más extenso, siendo la figura más representativa del liberalismo argentino desde mediados de la década del 50 hasta los años noventa.

Su formación inicial fue militar. Se retiró tempranamente del Ejército con el grado de capitán y añorando un pasado de autoproclamada gloria familiar en los campos de batalla y un futuro no tan glorioso, simbolizado por la determinante participación de su hermano Julio en el derrocamiento de Arturo Illia en 1966. También obtuvo los títulos de ingeniero militar en la Escuela Superior Técnica del Ejército, y el de ingeniero aeronáutico civil en la Universidad Nacional de Córdoba, carreras que –según creyó– lo habilitaban para entrometerse en temas de la economía. En ese terreno, se convertiría en el difusor de la "economía social de mercado", cuya versión local, a diferencia de su inspiradora alemana, sería mucho más de mercado que social y con una manifiesta orientación liberal.

> Ya en sus últimos años asesoró al presidente Carlos Menem en su plan neoliberal, afirmando que por primera vez sus ideas eran aplicadas con el rigor que él creía necesario.

Sin embargo, su principal campo de acción se encontró en la administración pública. Enemigo de la intervención del Estado en la economía, fue funcionario de múltiples administraciones de todo signo político, a veces conjugando sus ideas con las del gobierno de turno y otras veces impuesto por el poder económico y militar. Comenzó con un cargo de poca importancia en la Flota Aérea Mercante Argentina durante el gobierno de Perón, fue subsecretario de Comercio y luego ministro de Industria entre 1955 y 1956 durante la autodenominada "Revolución Libertadora", donde firmó un decreto-ley (el 2740/56) que estableció un rígido control de precios a pesar de su tradicional prédica a favor de la libertad de los mercados. Poco después, entre 1959 y 1961, fue impuesto por las Fuerzas Armadas como ministro de Economía y ministro de Trabajo de Arturo Frondizi, donde impulsó un severo programa de ajuste e intentó bloquear algunos de los proyectos productivos del gobierno, especialmente en el campo siderúrgico. Su salida del gabinete no lo alejaría de la administración pública por largo tiempo, pues Guido lo convocó en 1962 nuevamente como ministro de Economía.

Luego de esa experiencia no retornó a puestos de ministro, pero sí a otros importantes cargos, como el de embajador en Estados Unidos en una nueva dictadura, la Revolución Argentina, entre 1966 y 1968. Ya en sus últimos años asesoró al presidente Carlos Menem en su plan neoliberal, afirmando que por primera vez sus ideas eran aplicadas con el rigor que él creía necesario. Curiosa confluencia de un empecinado antiperonista con el partido que había fundado Perón y que en esa instancia transformó sus objetivos en una dirección muy distinta a la que el extinto líder le había impreso hasta su muerte. Su hija, María Julia, se convirtió en la "cara femenina" del menemismo, polifuncionaria que apareció vestida sólo con tapados de piel en las revistas de actualidad mientras estaba al frente de la Secretaría de Recursos Naturales. Terminó en la cárcel, acusada de varios casos de corrupción.

Fuerte crítico de la influencia de la política sobre la economía, Alsogaray fundó también varios partidos, generalmente de fugaz existencia, nula raigambre popular y de marcado personalismo en la conducción. Primero fue el Partido Cívico Independiente en 1956, luego la Nueva Fuerza en 1972 y por último la Unión del Centro Democrático en 1982, donde aprovechó la ola neoliberal que se expandía sobre el mundo y el país, logrando por primera vez un caudal importante de votos que lo con-



Alvaro Alsogaray, desde mediados de la década del ’50 hasta el fin del menemismo, fue, desde posiciones liberales, una figura influyente en la política y economía del país.

virtieron en diputado nacional. Enemigo de las apariciones “populares”, no se privó en alguna campaña electoral de ingresar al palco en un elefante que simbolizaba el Estado a desarticular.

Condenaba al peronismo por entenderlo como un movimiento populista de una orientación próxima al nacionalsocialismo. Alsogaray defendía las ideas liberales, rescatando como referentes a Friedrich von Hayek –que apoyó a la dictadura pinochetista en su “cruzada” por la libertad–, o a Ludwig Erhard, artífice de la expansión alemana en la posguerra, aunque con un pasado no tan claro en los años ’30 y ’40. Muchas veces el liberalismo económico y el político, en el mundo y particularmente en la Argentina, aparecieron desencontrados.

También Alsogaray se erigió en paladín del combate contra las grandes obras del Estado, sosteniendo que el mercado siempre se encargará de encontrar el camino verdaderamente rentable de las inversiones. Los empresarios privados y no el Estado eran, pues, los sostenedores de la inversión. Pese a ese discurso, en muchas ocasiones esas oportunidades eran encontradas como contratistas del Estado. Alsogaray gustaba repetir que había que generar “las condiciones de confianza” para incentivar la inversión privada. Donde efectivamente Alsogaray mostraba gran coherencia era en la defensa de sus puntos de vista económicos, fundados en una radical ortodoxia que anteponía la estabilización monetaria a los problemas productivos, pregonaba una absoluta privatización de las empresas públicas, proponía una frontal reducción de gastos del Estado y hacía gala de un exacerbado monetarismo. Fue, en las últimas décadas y hasta su muerte en 2005, el referente principal de esa vertiente económica.

3 Tensión social y *normalización institucional*

La caída del nivel de actividad persuadió al ministro Alsogaray de que debía conseguir una base social de sustentación. Ya era impopular con los ajustes que había impulsado durante su participación como ministro de Frondizi, cuando acuñó su tristemente célebre frase "hay que pasar el invierno". Ahora, el invierno era el castigo para los empleados públicos y los proveedores del Estado, que de manera forzosa recibieron como pago títulos de deuda pública, los famosos Bonos 9 de Julio.

Con una imagen cada vez más deteriorada, Alsogaray intentó crear en noviembre de 1962 un Consejo Económico y Social, convocando a diferentes cámaras empresarias. Pero esa iniciativa fracasó por la oposición casi unánime a su propuesta de concertación. Por supuesto, no todos los sectores empresarios la condenaban por las mismas razones. Mientras los pequeños y medianos cuestionaban la orientación liberal y recesiva, la Cámara de Comercio advertía sobre lo que consideraban insuficiente esfuerzo en la liberalización, además protestaba contra las trabas existentes en el comercio exterior o la persistencia de ciertos derechos laborales. Esos cuestionamientos cruzados pusieron de manifiesto las profundas diferencias sobre las posibles salidas de la crisis, pero también expresaban el aislamiento del gobierno con la sociedad. La falta de apoyo le indicó a Alsogaray la necesidad de su renuncia, lo que constituyó una potente señal para que el gobierno avanzara en dirección hacia la normalización institucional.

Aunque las conducciones económicas posteriores no innovaron demasiado en el esquema liberal, flexibilizaron algunos aspectos de la política, especialmente en materia monetaria. Esas gestiones se dedicaron a administrar el momento sin realizar grandes cambios, que desembocaría a fin de año en la asunción de Arturo Illia. Ese comportamiento no significó, por cierto, una mejora en el panorama macroeconómico, pues la recesión se profundizó con una caída del 2,4 por ciento del PBI y la inflación se sostuvo en niveles del 24 por ciento. Además, a pesar de todas las restricciones, el déficit fiscal no disminuyó.

Mientras los programas oficiales no hacían más que echar combustible a la crisis, la oposición trataba de proponer caminos alternativos. Así, por ejemplo, en 1962 se realizó un plenario nacional de las 62 Organizaciones Peronistas en la localidad de Huerta Grande, provincia de Córdoba. Allí se aprobó un programa que expresaba una radicalización de los contenidos del peronismo, expresados en un discurso de Andrés Framini, quien había convocado al plenario. El mencionado programa expresaba la voluntad y decisión de:

1. Nacionalizar todos los bancos y establecer un sistema bancario estatal y centralizado.

2. Implantar el control estatal sobre el comercio exterior.

3. Nacionalizar los sectores clave de la economía: siderúrgica, electricidad, petróleo y frigoríficos.

4. Prohibir toda exportación directa o indirecta de capitales.

5. Desconocer los compromisos financieros del país, firmados a espaldas del pueblo.

6. Prohibir toda importación competitiva con nuestra producción.

7. Expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación.

8. Implantar el control obrero sobre la producción.

9. Abolir el secreto comercial y fiscalizar rigurosamente las sociedades comerciales.

10. Planificar el esfuerzo productivo en función de los intereses de la nación y el pueblo argentino, fijando líneas de prioridades y estableciendo topes mínimos y máximos de producción.

Este programa reflejaba el grado de combatividad de un sector del sindicalismo que no tardó en manifestarse en tomas de fábricas y huelgas espontáneas, agregando tensión social a la delicada situación económica. Precisamente, esa tensión social fue la que condujo a elecciones nacionales condicionadas, en las que triunfó el voto en blanco propiciado por el peronismo y el frondicismo, y que terminó eligiendo como presidente al radical del pueblo Arturo Illia, el candidato más votado aunque con menos de la cuarta parte del electorado. Su política, de corte keynesiano, produjo a partir del año siguiente un notorio cambio en la coyuntura económica.



Las ideas de Pinedo


Federico Pinedo, activo militante antiperonista, impulsó una fuerte política contractiva de la economía.

OBSESIÓN ANTIPERONISTA Y POR EL AJUSTE

El 6 de abril de 1962, Federico Pinedo asume por tercera vez el Ministerio de Economía con estas definiciones:

"**1.** La extravagancia económica y financiera que imperó en el país durante el período de 12 años que terminó en 1955 produjo al país lesiones de las que no se ha repuesto.

2. La política basada en el supuesto de que no sólo el Estado sino la colectividad entera pueden vivir permanentemente por encima de sus posibilidades y gastando más de lo que se gana e invirtiendo más de lo que se ha ahorrado o de lo facilitado por el crédito genuino o de lo que puede contarse con ahorrar en un cercano período posterior, produjo los resultados que eran de prever. Habiéndose pregonado durante casi tres lustros la necesidad de un crecimiento acelerado y habiéndose aturdido al país con la afirmación reiterada de que gracias a la adopción de determinados planes en poco tiempo estaríamos a la cabeza del mundo, el hecho es que el país salió de la orgía con su estructura económica destartalada. Salimos de la dictadura demagógica con los ferrocarriles, los puertos y los caminos en estado lamentable; con el utilaje industrial en buena parte deteriorado u obsoleto; sin viviendas suficientes para una mayor población, crecientemente concentrada en las ciudades, y sin mucha perspectiva de poder con nuestros propios recursos adquirir o reconstruir todo eso, por lo menos en la medida necesaria para tener de nuevo lo antes ya habíamos tenido.

3. Como resultado de una política absurda, la base económica de la prosperidad que la Argentina había conocido en el pasado fue seriamente conmovida. La producción rural se redujo en un tercio cuando no en un medio; la producción industrial, sin duda incrementada –pero a ritmo más acelerado que en otros períodos de nuestra corta historia– fue distorsionada por el dirigismo y progresivamente acostumbrada a buscar la prosperidad en una protección desmedida; la productividad se deterioró, no sólo por deficiencias de instrumental con que se cuenta, sino por cultivo oficial de la indisciplina en el trabajo.

4. Grandes fracciones del pueblo argentino han sido mecidas durante años en la ilusión de que se había encontrado el procedimiento de trabajar cada vez menos y de vivir cada vez mejor, lo que transitoria y parcialmente pudo lograrse haciendo vivir a la colectividad entera a expensas de su capital, tomando a éste como a renta, pero cuando terminó el sueño de grandeza ha podido observarse que de los años más favorables a nuestra expansión, por la gran demanda de nuestra producción fundamental, el país salió con su capital fijo destruido, con su capital circulante desaparecido, con sus recursos de moneda mundial –antes tan cuantiosos– prácticamente reducidos a cero, con su moneda –antes fuerte– horriblemente averiada.

5. Como consecuencia de todo ello las clases medias fueron pauperizadas y las masas obreras, percibiendo remuneraciones que por su importe nominal hubieran parecido enormes, vieron reducidos sus salarios reales a un nivel lamentablemente bajo. La Argentina ha dejado de ser rica, esperemos que transitoriamente. (...)

6. Mucho se ha hecho, después de la Revolución Libertadora, para reparar los males que nos legó el régimen que la precedió y el país comenzó a reponerse. (...) Pero, no obstante, el esfuerzo argentino y la ayuda extranjera –de la que no es razonable y decoroso esperar que reemplace lo que debemos hacer nosotros– hay fundamentales problemas que no se han resuelto; en estos últimos tiempos varios de ellos se han agravado considerablemente.

(...)

9. No hay otra forma de eliminar o reducir el déficit que disminuir los gastos o aumentar los impuestos.

10. Como es sabido, las empresas de servicios públicos a cargo del Estado representan el mayor componente del déficit total general, habiéndose expresado hasta la saciedad que del déficit de todas las empresas del Estado el que proviene de los ferrocarriles es de los que tienen más importancia. (...) el mantenimiento del servicio ferroviario y la mejora indispensable del mismo exigirá un reajuste de tarifas (...).

11. Otra de las grandes empresas del Estado que en el momento actual significa una sangría para el Tesoro Público es Y.P.F. (...) Es inconcebible que se venda centenares de millones de metros cúbicos de productos por mucho menos de lo que a la entidad le cuesta producirlos o proporcionarlos (...). Se ha resuelto por eso elevar el precio medio a que se vende el conjunto de los productos, añadiendo a aquél un suplemento que se acerca al 30% (...).

12. Las mismas razones de urgencia obligan al Gobierno a tomar desde ya otras medidas que permitan acrecentar sin demora las entradas fiscales. En primer término deben mencionarse entre ellas la elevación del impuesto a las ventas (...), aumento de tributación que es de naturaleza temporaria.

(...)

20. Lo que interesa, si se quiere una moneda estable, es que tenga una base firme. Y su firmeza resultará de la prosecución de una política de saneamiento financiero. (...) Una política laboral de aparente condescendencia con el interés de los obreros ha deprimido los salarios reales en forma considerable."

De Pablo, Juan Carlos, *Política económica argentina*, Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1984, pp. 77–86.



El hall del Banco Central. Pinedo consideraba que la crisis tenía su origen en el desequilibrio monetario.



La crisis 1962-1963

EL DISCURSO REPETIDO

***Federico Pinedo**: la situación de Argentina a principios de 1962 era gravísima.*

"Tenemos que tener conciencia que el país ha sido empobrecido y que hay que repechar una cuesta para que pueda pensarse en la elevación del nivel de vida. (...) El olvido de esa noción tan sencilla, tan frecuente durante los últimos 20 años, llevó a gastar e invertir más de lo que teníamos o podíamos procurarnos por los medios normales, lo que nos ha llevado a las distorsiones económicas que todo el mundo puede palpar, de las cuales se destaca por su gravedad el desbarajuste monetario que hemos sufrido."

***Alvaro Alsogaray**, su sucesor, era aún más enfático.*

"Por segunda vez me toca asumir en circunstancias excepcionales, las responsabilidades inherentes al Ministerio de Economía, en momentos ciertamente difíciles para el país. La gravedad de la situación por la que atravesamos exige que exponga con franqueza los problemas que nos afectan y que revele a la opinión pública toda la verdad acerca de la situación. El país enfrenta la que es seguramente la más grave de las perturbaciones económicas que ha vivido en las últimas décadas. Tanto se ha hablado de perturbaciones en repetidas oportunidades que hemos terminado por no creer en ellas o en pensar que habrán de resolverse por sí solas, sin mayor esfuerzo. Pero esta vez no tenemos ciertamente una salida fácil. Es más, parecería que no tuviéramos ninguna salida y que es inevitable ya una fuerte contracción económica, con su secuela de quiebras y desocupación. El país ha perdido su mayor parte de reservas monetarias. El aumento de divisas que habíamos logrado a lo largo de casi dos años, ya no existe. El peso moneda nacional, que durante ese período fue una de las monedas libres y convertibles más sanas del mundo y que en esas condiciones mantuvo un nivel estable de aproximadamente 83 pesos por dólar, ha sido nuevamente devaluado. Es esta la tercera vez que ello ocurre en menos de siete años y que los hechos dan la razón a quienes han alentado tendencias inflacionarias y han especulado a costa del país. El costo de vida, como consecuencia inevitable de la pérdida de valor de la moneda, ha subido fuertemente en el transcurso de las últimas semanas y seguirá subiendo todavía hasta que se alcance el nivel fijado por la nueva paridad monetaria. El gobierno se encuentra



Alvaro Alsogaray fue más duro que Pinedo con la idea del ajuste para estabilizar la economía, con resultado fallido.

ante la imposibilidad de pagar regularmente a los empleados del Estado. Recién se terminan de abonar los sueldos y salarios correspondientes al mes de marzo. No hay recursos para atender los del mes de abril, ya vencidos. En la misma situación se encuentran los jubilados y pensionados... Los proveedores y contratistas no cobran desde ya hace algún tiempo sus certificados y obligaciones vencidas. Incluso las Fuerzas Armadas están atrasadas en el pago de las compras más indispensables y en algunos lugares del interior del país hasta se las ha amenazado con interrumpirles el suministro de las provisiones diarias. Las empresas particulares han llegado ya prácticamente al límite de sus posibilidades en materia financiera. Además, muchas de ellas tienen ya una situación insostenible, que puede precipitarse en cualquier momento."

Discursos transcriptos por Enrique Silberstein en *Los Ministros de Economía*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970, pp. 24–26.

EXPLICACIÓN DEL BANCO CENTRAL

"La aguda crisis que caracteriza este período no tiene una explicación unicausal, ni proviene solamente de factores extraños a lo económico-social, aunque el clima de permanente inestabilidad política, que se mantuvo a todo lo largo del año, se convirtió en uno de los elementos de mayor influencia en la agravación del proceso.

Los aumentos masivos de salarios efectuados a fines de 1961; una situación financiera sumamente grave resultante de los sucesivos déficit del presupuesto y de la desorganización de los servicios públicos; y una intensa presión sobre el mercado de cambios provocada por el elevado nivel de las importaciones, la masa de las obligaciones en moneda extranjera a corto plazo y las excesivas inversiones, fueron los principales factores que, combinados con la ya citada inestabilidad política, llevaron a esta etapa depresiva de nuestra economía, cuyas primeras manifestaciones para el público tuvieron lugar, precisamente a renglón seguido de las elecciones de marzo y que tocó su punto más bajo en los últimos meses del año, cuando se confió a nuevas autoridades la conducción económica del país.

(...)

La declinación de la producción industrial, que había venido acentuándose en la segunda mitad de 1962, no se detuvo hasta mediados de 1963. Dado que sólo en los últimos meses del año se insinuó cierta reactivación en algunas ramas de la industria manufacturera, la producción anual se situó por debajo del ya decaído nivel de 1962.

Asimismo, declinó el volumen de las construcciones privadas, en tanto que las de carácter público denotaron un incremento que no llegó a compensar la baja de aquéllas.

El volumen físico de la actividad agrícola experimentó un descenso de poca magnitud debido a condiciones climáticas desfavorables imperantes al comienzo del año, mientras que la actividad pecuaria se mantuvo prácticamente en el nivel del año anterior.

A su vez, la baja de la producción afectó al comercio y al transporte.

Todo ello determinó que la actividad interna, medida a través del producto bruto, a precios del año 1960, descendiera en 5,1%. Declinaron significativamente el consumo, la inversión y las importaciones."

Memoria Anual del Banco Central de la República Argentina 1963, Buenos Aires, 1964, páginas 1 y 17.



Caminos hacia el endeudamiento



El Banco Central aumentó sus reservas con créditos externos para recuperar el equilibrio de la balanza de divisas.

Club de París

"A principios de 1962 se presentó una situación crítica para los pagos de la Argentina al exterior. El gobierno, después de negociar un crédito de disponibilidad inmediata (*stand by*) con el Fondo Monetario Internacional, se puso en contacto con los países acreedores para tratar de encontrar una solución al problema. El "Club de París" se reunió en octubre de 1962 y acordó, en principio, volver a escalonar los pagos pendientes de los créditos de proveedores, con la condición de que el Fondo Monetario Internacional autorizara la utilización del crédito de disponibilidad inmediata que había aprobado en mayo del mismo año. Se acordó esperar a que el Fondo y el gobierno argentino negociaran los términos específicos del crédito de disponibilidad inmediata y se convino en que las condiciones en que podría contratar el sector público argentino nuevos créditos de proveedores quedarían especificadas en el acuerdo con el Fondo Monetario.

Los países acreedores acordaron refinanciar el 50 por ciento de las obligaciones comerciales a mediano plazo, pagaderas en 1963 y 1964, sobre contratos firmados antes del 24 de octubre de 1962. De acuerdo con las estimaciones hechas, dichas obligaciones ascendían a cerca de 270 millones de dólares y se esperaba que los acuerdos de consolidación permitieran el refinanciamiento de aproximadamente 135 millones de dólares, de los cuales alrededor de 108 millones correspondían a deudas con los países europeos. Los nuevos recursos se pondrían a disposición del gobierno argentino en el curso de 1963 y 1964, en proporción a los pagos que fueran haciéndose a los exportadores europeos durante esos mismos años. De los créditos se cancelaría un 5 por ciento durante 1965; un 15 por ciento durante 1966 y el 80 por ciento restante entre 1967 y 1970. Además, los países acreedores aceptaron prorrogar hasta 1966 los vencimientos correspondientes a 1962-1963 (25 por ciento de la deuda pendiente) sobre el acuerdo de consolidación de 1957, que representaba 15 millones de dólares."

Stand by credits

"En 1962 la Argentina giró, por primera vez, sobre los recursos disponibles (*se refiere al crédito stand by de 1959*). Los fondos utilizados representaron el 20 por ciento del saldo de la cuenta del Banco Central, después de haberse realizado dos pagos sobre los dos primeros desembolsos (18,7 millones de dólares). Poco después, se volvió a utilizar el crédito, llegando los desembolsos totales a los 25 millones de dólares.

A pesar de las dificultades financieras a que tuvo que enfrentarse el país y del creciente problema de endeudamiento (la deuda pendiente había subido a cerca de 3000 millones de dólares a mediados de 1962), la Argentina cumplió regularmente con las obligaciones relacionadas con estas operaciones.

Cinco octavas partes de los créditos habían sido canceladas de acuerdo con el plan convenido el 30 de abril de 1963. Hacia mediados de 1963 la situación de pagos al exterior se agravó. Después de que el Fondo Monetario Internacional acordara extender un crédito de disponibilidad inmediata por 50 millones de dólares, los bancos europeos, con los norteamericanos, convinieron, en junio de 1963, conceder un segundo crédito al Banco Central de la República Argentina por 18,75 millones de dólares, operación que se utilizó para cancelar la sexta y séptima cuota del crédito original y se acordó cancelarla en dos pagos similares: el primero el 30 de abril y el segundo, el 30 de octubre de 1965. La nueva operación se realizó, por lo tanto, para prorrogar por un año más la cancelación de las últimas cuotas pendientes sobre el crédito de 1959."

Fuente: Banco Interamericano de Desarrollo, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, *La participación europea en el financiamiento de América Latina,* México, 1966, pp. 131–132 y p. 185.



Cuentas públicas

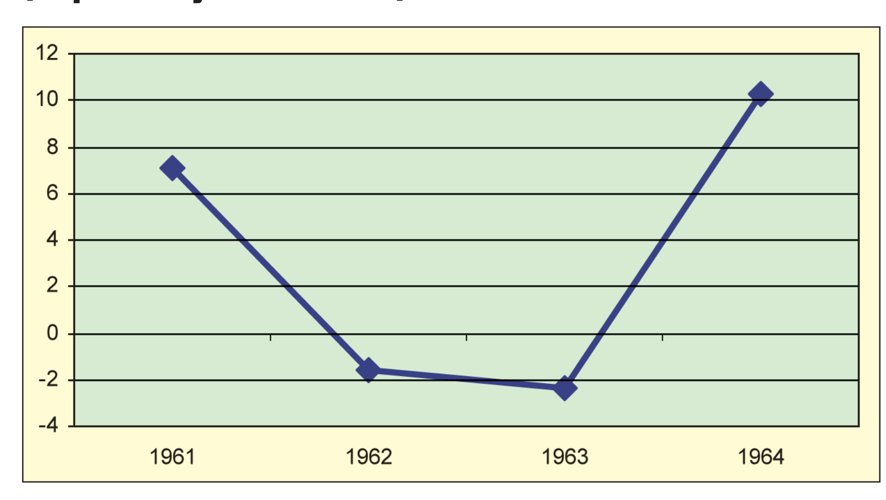
En millones de pesos de 1970

Año	Gasto público	Recau-dación	Déficit fiscal (% del PBI)
1962	22.346,9	8807,1	6,8
1963	21.174,4	9189,2	6,1
1964	21.764,8	9846,5	5,8

Fuente: Secretaría de Hacienda de la Nación.

Tasa de variación del Producto Bruto Interno

(En porcentaje de variación)



Fuente: Banco Central de la República Argentina.

Bibliografía

BRODERSOHN, M. S., "Estrategias de estabilización y expansión en la Argentina: 1959-67", en: Ferrer, A.; Brodersohn, M. S.; Eshag, E. and Thorp, R., *Los planes de estabilización en la Argentina*, Paidós, 1969.

CASTELLO, ANTONIO EMILIO, *La democracia inestable (1962–1966)*, Ediciones La Bastilla, 1986.

DE PABLO, JUAN CARLOS: "Economic Policy without Political Context: Guido, 1962-3", en Di Tella y Dornbush (eds.), *The Political Economy of Argentina: 1946-83*, Londres, 1989.

DE PABLO, JUAN CARLOS, *La Economía Argentina en la Segunda Mitad del Siglo XX*, Tomo 1, Buenos Aires, La Ley, 2005.

DÍAZ ALEJANDRO, CARLOS, *Ensayos sobre la Historia Económica Argentina*, Amorrortu Editores, 1975.

FERRER, ALDO, *La economía argentina,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

GERCHUNOFF, PABLO Y LLACH, LUCAS, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

MALLON, RICHARD y SOURROUILLE, JUAN V., *La política económica en una sociedad conflictiva. El caso argentino,* Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

O'DONNELL, GUILLERMO, "Estado y Alianzas en la Argentina, 1956-1976", en *Desarrollo Económico,* Nº 64, 1977.

Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional (OECEI) *Argentina económica y social,* Buenos Aires, 1973.

PRIETO, RAMÓN, *Correspondencia Perón–Frigerio, 1958–1973,* Buenos Aires, Editorial Macacha Güemes, 1975.

RAPOPORT, MARIO, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

SILBERSTEIN, ENRIQUE, *Los ministros de Economía*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.

WYNIA, GARY, *La Argentina de Posguerra,* Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1986.

Ilustraciones

(Tapa) Gran demanda frente a una casa de cambio por la intranquilidad que había en la sociedad, abril de 1962. Fuente: Archivo General de la Nación.
(Págs. 434, 435, 436, 437, 438, 441, 442, 443, 444, 445 y 447) Archivo General de la Nación.
(Pág. 439) Gentileza Numismático César Páez.
(Pág. 446) *Banco Central de la República Argentina. Sus políticas, su pasado, su futuro,* Libro institucional, Buenos Aires, 2006.